

abandonado un cobijo, el siguiente debe hallarse al menos a una milla del que dejó. Estos imperativos están pensados para que los años de mi vida sean años itinerantes y para evitar que no se despierte en mí ni la más mínima intención de afincarme en ningún lugar. Me he plegado tan bien a esta obligación que ni siquiera he tenido necesidad de apurar mi estancia en un lugar. De hecho, esta es la primera vez que me quedo, la primera que duermo hasta una tercera noche en la misma cama. Desde aquí te envío algo de lo que he percibido, contemplado y asimilado, y de aquí partiré a la casa de una singular familia, de una sagrada familia casi habría que decir. Sobre ella leerás más en mi diario. Ahora, salud, dejo en este momento la escritura con el sentimiento de que quiero decirte algo, algo que siempre me digo y me repito, pero que no quiero decir ni repetir hasta que tenga la suerte de ponerme a tus pies y de llorar todas estas privaciones¹⁵ que estoy sufriendo mientras te beso las manos.

A la mañana siguiente

Ya todo está preparado. El guía mete la talega con mi ropa en el canasto que lleva a las espaldas. Todavía no ha salido el sol, de todas las gargantas emerge la niebla, pero, allá arriba, el cielo está despejado. Bajamos a los oscuros valles que el sol sobre nosotros no tardará en iluminar. Déjame enviarte un suspiro más. Déjame volver a acompañar tu recuerdo de una lágrima. Estoy resueltamente decidido. Ya no vas a escuchar más quejas¹⁶, solo vas tener noticias de

¹⁵ La renuncia, motivo principal de la novela, es practicada, muy especialmente y, en primer lugar, por el propio Wilhelm con la disciplina que se está imponiendo para cumplir las condiciones de la Sociedad de la Torre, algo ante lo que muestra amargura aquí. Por otra parte, en la novela siempre está presente una tensión entre la permanencia y la marcha itinerante.

¹⁶ La primera renuncia de Wilhelm, absolutamente decisiva, pues convierte la renuncia en camino, es a Natalia. A diferencia de las novelas

lo que le ocurra al viajero. Sin embargo, ahora que quiero cerrar la escritura se entremezclan en mi mente miles de pensamientos, deseos, esperanzas y proyectos.

»Afortunadamente me están apremiando. El guía me está llamando y el hospedero está arreglando la habitación en mi presencia. Se comporta como si ya me hubiera marchado. Me recuerda a esos herederos codiciosos que no ocultan al moribundo los preparativos que ultiman para repartirse sus bienes».

CAPÍTULO SEGUNDO

SAN JOSÉ II¹⁷

EL viajero, siguiendo los pasos de su guía, ya había dejado tras de sí las escarpadas rocas, ya transitaba por una región de relieve más suave. Después de ir siempre avanzando, pasando por bosques en muy buen estado y agradables praderas, llegaron a una pendiente desde la que se podía divisar un valle cultivado con esmero y rodeado de colinas. Había enclavado en este un monasterio que llamaba la atención. El edificio estaba aproximadamente en su mitad reducido a ruinas y en su otra mitad bien conservado¹⁸.

sentimentales que en la relación amado-amante siguen el esquema: encuentro-separación-reencuentro, aquí el tercer momento de la relación es sustituido por la renuncia.

¹⁷ El relato pertenece a una de esas partes de la novela concebidas con anterioridad a su redacción definitiva. Ya en una carta de Goethe a Heinrich Meyer hay una referencia a que en 1799 estaba trabajando en este «San José segundo», y ya en 1807 se realiza la copia del texto y en 1809 en la primera versión de *Los años itinerantes* publicado por Cotta queda incluido y abarca del capítulo segundo al cuarto del volumen.

¹⁸ Ese tipo de edificios en ese estado se podían ver habitualmente en la época de Goethe. En su mayor parte que hubieran acabado en ruinas

—Esto es San José —dijo el guía—, es triste que una iglesia tan bella se encuentre en ese estado. Se pueden ver columnas y pilares bien conservados entre la maleza y los árboles, y sin embargo hace años que esta iglesia es un montón de ruinas.

—Por el contrario, el monasterio todavía tiene un buen aspecto —repuso Wilhelm.

—Cierto. En el edificio habita un administrador que dirige la explotación de la hacienda y recoge rentas y diezmos¹⁹.

Mientras iban diciendo estas palabras, habían cruzado una puerta abierta y habían accedido a una amplia plaza rodeada de edificios sólidos y bien conservados, lo cual hacía intuir que se hallaban en el lugar de morada de una serena comunidad. De pronto vio a su Félix y a los dos ángeles del día anterior en torno a un cesto detrás del que estaba una rústica y fornida mujer. Tenían la intención de comprar cerezas, y Félix, que siempre llevaba algo de dinero consigo, estaba regateando el precio. Aquello le permitió hacer de anfitrión siendo huésped, repartió generosamente fruta entre sus dos amigos de juegos. Al padre de estos le resultaba agradable pasear por aquellos bosques incultos y musgosos en los que de pronto aparecían acá o allá brillantes frutos llenos de belleza. La vendedora dijo que ella traía aquellas frutas de un gran huerto, lo que le permitía ponerles un precio aceptable, ese que a los compradores les había parecido un tanto elevado. Los niños dijeron que el padre vendría pronto e invitaron a Wilhelm a pasar a la sala para que allí descansara.

o semiderruidos era algo que había provocado la Reforma. En su época tardía, Goethe, desde una perspectiva de historiador del arte, confiere gran importancia a la conservación de ese patrimonio. Sin embargo, esa actitud no es equivalente a la adoración de los monumentos y al medievalismo mítico de los primeros románticos.

¹⁹ Que haya «rentas y diezmos» demuestra que al comienzo de los *Wanderjahre* todavía sigue en pie el sistema feudal.

Qué sorprendido se sintió Wilhelm cuando los niños lo llevaron a ese lugar que llamaban la sala. Directamente desde la plaza nuestro viajero entró por una gran puerta, lo que le hizo acceder a una muy pulcra y bien conservada capilla, la cual, tal como estaba comprobando en este momento, había sido destinada a uso doméstico de la vida cotidiana. En una de las alas había una mesa, un sillón, varias sillas y bancos, en la otra ala había un aparador tallado que contenía loza de colores, jarras y vasos. No faltaban ni los armarios, ni los baúles. Todo estaba tan ordenado que no le parecía al invitado propio de la vida doméstica y cotidiana. La luz caía de una ventana alta situada en uno de los laterales. Sin embargo, lo que más excitó la imaginación del viajero fueron unas coloridas pinturas al fresco²⁰. Las pinturas estaban debajo de los ventanales y se encontraban a media altura, eran como tapices que uno a otro se iban sucediendo en las tres partes de la capilla y descendían hacia el zócalo que cubría el resto visible de los muros. Las pinturas representaban la historia de San José²¹. Aquí se le veía ocupado como carpintero, allá se encontraba con María y un lirio²² brotaba de la tierra situada entre ambos mientras algunos ángeles revoloteaban sobre sus cabezas. Otro fresco representaba la boda, otro la salutación

²⁰ Encontramos aquí el primer momento de la novela en el que hay una referencia a las artes plásticas. Ya en el capítulo anterior se habló brevemente de música. Si la renuncia es el motivo principal y predominante en la novela, la formación del ser humano a través del arte es el segundo en importancia.

²¹ El propio Heinrich Meyer le instruyó por carta a Goethe (a petición de este en misiva de 10 de mayo de 1799) acerca de qué debía figurar en un ciclo pictórico sobre el santo, según el modelo de los frescos de Carlo Maratta para la Iglesia de San Isidoro en Roma: 1) la boda, 2) la adoración de los pastores, 3) el ángel los avisa para que huyan a Egipto, 4) huida a Egipto, 5) muerte del santo, 6) su apoteosis.

²² Según la tradición de la Baja Edad Media, recogida en esta pintura, entre ambos brota un lirio como garantía de la pureza de María.

angélica. En otro aparecía San José malhumorado, habiendo abandonado la azuela y pensando en abandonar a su esposa. En el siguiente, sin embargo, se le aparecía el ángel en sueños y su estado variaba. Más tarde contemplaba con recogimiento al neonato en el portal de Belén y lo adoraba. El fresco inmediatamente siguiente era una imagen de una belleza maravillosa. Se veía en él varias piezas de madera tallada las cuales habían de ser ensambladas, lo curioso era que dos de estas piezas habían formado por azar una cruz. El niño se había quedado dormido sobre la cruz, la madre estaba sentada a su lado y lo observaba con un amor profundo mientras el padre putativo hacía un alto en su trabajo para no turbar el sueño del niño²³. Poco después quedaba representada la huida a Egipto²⁴. Esta pintura le hizo sonreír al viajero, pues con esta veía en la pared una reproducción de la escena viva de la que ayer había sido testigo.

No estuvo mucho tiempo abandonado a sus consideraciones, pues el anfitrión entró en la morada. Wilhelm reconoció inmediatamente en él al que el día anterior conducía la santa caravana. Se saludaron con la mayor de las cordialidades e intercambiaron unas palabras. Sin embargo, la atención de Wilhelm se mantuvo centrada en las pinturas. El anfitrión notó el interés de su huésped y dijo sonriendo:

—Sin duda que le maravillan la concordancia y armonía de este edificio con sus habitantes, esos que ayer conoció. Sin embargo, esta es aún más singular de lo que pueda suponerse: ha sido el edificio lo que ha configurado a los ha-

²³ El motivo de la cruz azarosamente formada es tomado de un cuadro de Francesco Albani (1578-1660).

²⁴ El relato de San José II, en el fondo primera novela corta de los *Wanderjahre*, fue analizado con detalle por Schrimpf, quien recalca la flexibilidad de Goethe para acentuar en algunos casos y suprimir en otros motivos de la tradición evangélica, de los apócrifos y de la leyenda (cfr. Schrimpf, 1956, 145-163).

bitantes. Y es que, si lo inanimado puede recibir vida, también puede producirla.

—Oh, sí —contestó Wilhelm—. Me sorprendería que el espíritu que durante tantos siglos y con tanta energía actuara en estas yermas montañas y atrajera a sí un cuerpo tan poderoso de edificios, posesiones y privilegios y a cambio ha difundido una variada instrucción por el lugar, desde estas ruinas no hubiese imbuido de fuerza vital a un ser vivo. Pero no nos perdamos en generalidades y cuénteme su historia para que así sepa cómo es posible que sin ningún tipo de juegos y de artificios han conseguido representar el pasado y han conseguido que aquello que pasó vuelva a suceder.

En el preciso instante en el que Wilhelm esperaba escuchar la respuesta de boca de su anfitrión, una amigable voz que procedía de la plaza llamó a José. El anfitrión dejó de hablar y fue hacia la puerta.

«Así que también se llama José» —se dijo Wilhelm para sí—. «Esto es extraño, muy extraño, pero más lo es aún que represente la vida del santo con su vida misma». Inmediatamente miró a la puerta y vio a la madre de Dios del día anterior hablando con su marido; la mujer echó a andar hasta la casa de enfrente.

—María, se me olvidaba decirte algo.

«Así que también se llama María. Parece como si no me faltara nada para haber retrocedido dieciocho siglos en el tiempo». Comenzó a pensar en aquel valle severamente cerrado en el que se encontraba. Las ruinas y la calma y un maravilloso sentimiento tradicional se apoderaron de él. Ya era hora de que el anfitrión y sus hijos entraran. Estos últimos le pidieron a Wilhelm que diera un paseo con ellos mientras el anfitrión atendía algunos quehaceres pendientes. Recorrieron las ruinas de aquella iglesia tan rica en columnas, cuyos dinteles y muros parecían estar sostenidos por el viento y el aire. Unos árboles muy crecidos y antiguos habían hundido sus raíces al pie de los muros y en

sociedad con la hierba, las flores, el musgo representaban audazmente jardines en el aire. Un sendero de suave trazado corría paralelo a un vivaz arroyo y, subido a un promontorio situado a cierta altura, el viajero pudo ver el edificio y el lugar de su ubicación con más detenimiento; todo le resultaba más interesante, pues cada vez le llamaba más la atención la armonía de sus habitantes y el entorno.

Una vez hubieron regresado a aquella piadosa sala, encontraron la mesa puesta. Ocupando la cabecera había un sillón en el que se sentó la madre de familia. Junto a ella puso un alto cesto sobre el que se sentó el hijo pequeño, el padre se sentó a la izquierda y Wilhelm a la derecha. Los tres niños se colocaron en el extremo opuesto. Una anciana criada sirvió una muy bien cocinada comida. También los instrumentos para comer y para beber aludían a un mundo pasado. Los niños dejaron que se mantuviera una conversación en la que Wilhelm no dejaba de contemplar a su santa anfitriona.

La reunión se disolvió después de terminada la comida. El anfitrión llevó a su huésped a un umbrío lugar de las ruinas, el cual era un lugar elevado desde el que se podía observar la agradable vista del valle y la cumbre de montañas situadas más abajo. Montañas de fértiles laderas y de lomos boscosos que se sucedían unas a otras.

—Es lícito que satisfaga su curiosidad, tanto más cuando yo intuyo que usted es un hombre que sabe tomar en serio los sucesos maravillosos siempre y cuando estén sólidamente fundamentados. Este lugar sagrado del que usted está viendo los restos, estaba dedicado a la Sagrada Familia y fue en su tiempo un lugar de peregrinación debido a que tuvieron lugar en él diversos milagros. La iglesia estaba dedicada a la madre y al hijo. Hace ya algunos siglos que está derruida. La capilla dedicada al santo padre putativo se ha conservado, al igual que la parte del monasterio convertida en vivienda del administrador. Hace mucho tiempo que recibe las rentas un noble secular, el cual es re-

presentado aquí arriba por un administrador. Ese administrador soy yo, hijo del administrador anterior que a su vez también sucedió a su padre en el cargo.

»San José desde hace ya mucho tiempo no es adorado aquí eclesiásticamente, pero había sido tan generoso con nuestra familia que no es extraño encuentre un gran placer en consagrarme a él. De ahí también que en el bautismo fuera llamado José y que eso de algún modo condicionara mi vida²⁵. Cuando crecí, acompañaba a mi padre en sus viajes en los que iba recogiendo las rentas, pero prefería seguir a mi madre, que daba limosnas según sus posibilidades y que era conocida por su buena voluntad y sus buenas acciones en todo el entorno serrano. Me mandaba ir tan pronto allí como allá a llevar algo, a solicitar algo, a cuidar de alguien y yo me encontraba muy a gusto en este tipo de acciones piadosas.

»Sin duda la vida en la montaña tiene algo que podríamos llamar más humano que la vida en las llanuras. Los habitantes viven más cerca entre sí y al mismo tiempo están más alejados, las necesidades son menores, pero más apremiantes. El hombre está más a expensas de sí mismo y necesita estar seguro de sus brazos y de sus piernas. El trabajador, el guía, el porteador, todos se reúnen en una persona: también cada uno está más cerca del otro, lo encuentra con más frecuencia y vive llevando a cabo tareas en común.

»Como yo era joven y todavía mis hombros no estaban capacitados para llevar mucha carga encima, decidí cargar los fardos que me estaban encomendados en un pollino con el cual subía y bajaba los senderos escarpados. En la montaña se guarda un mayor respeto al asno que en la tierra llana, en la que aquel cuyo arado es tirado por caballos

²⁵ Este personaje de los *Wanderjahre*, llamado San José no es según Henkel un renunciante, pues desde el principio y sin titubeos, opone al inestable mundo en el que le ha tocado vivir, su ligazón a una profesión y a una familia (cfr. Henkel, 1954, 32).

desprecia al que usa bueyes. Además, yo sentía aún menos reparos en servirme de mi asno, desde el momento en que en la capilla había visto que ese animal había alcanzado el honor de llevar en su grupa a la madre de Dios. Entonces aquella capilla no estaba en el estado en el que se encuentra hoy en día. Entonces era un almacén, casi una cuadra. Allí había leña, varas, aperos, toneles, escalas y un sinfín de objetos acumulados. Afortunadamente las pinturas se encontraban a cierta altura y el zócalo servía para preservarlas. De niño ya me entretenía encaramándome a lo alto del montón de leña para mirar las pinturas y desde allí contemplaba los frescos que nadie podía explicarme muy bien. Me bastaba saber que el santo cuya vida estaba representada allá arriba era mi padrino y con sentir que lo quería como si fuese un tío mío. Crecí y como una de las condiciones para desempeñar el cargo de administrador era saber un oficio, conforme al deseo de mis padres tuve que aprenderlo, pues ellos deseaban que fuera heredero de su cargo.

»Mi padre era tonelero y construía todo aquello que tenía relación con este oficio, lo cual le producía buen provecho a él y a otros. Sin embargo, yo no puede decidirme a seguirlo. Mi vocación me impulsaba de un modo irresistible a la profesión de la carpintería²⁶, la cual había visto representada tan exactamente desde que era pequeño en las pinturas de la vida de mi santo. Manifesté mis deseos y afortunadamente nada se puso en contra de mí. E incluso fueron bien acogidos, pues en la hacienda eran necesarios en muchas ocasiones los servicios de un carpintero y además en nuestro país, en los que tan numerosos son los bosques, esta profesión permitía dedicarse a la ebanistería e incluso a la talla en madera. Sin embargo, lo que más confirmó mi resolución fue una pintura que por desgracia casi se ha borrado totalmente. Tan pronto como le cuente lo que

²⁶ La labor manual es constantemente ponderada en la novela.

representa, usted podrá descifrarla cuando se la muestre. San José había recibido el encargo de hacerle un trono nada menos que al rey Herodes²⁷. El trono debía estar situado entre dos columnas previamente indicadas. San José tomó cuidadosamente las medidas de altura, anchura y profundidad y se puso a trabajar en la talla del trono. Pero qué sorprendido y qué inquieto quedó cuando vio que el lujoso trono que había hecho era demasiado alto y no suficientemente ancho. Como bien se sabe, el rey Herodes no era muy amigo de las bromas y el piadoso carpintero estaba lleno de temor. El niño Jesús, acostumbrado a acompañar a su padre a todas partes y a llevarle humildemente las herramientas como si se tratara de un juego de niños, notó los apuros de su padre y lo socorrió. El niño le dijo a su padre adoptivo que tomase el trono por uno de sus lados, él asió el otro lado y ambos empezaron a tirar del trono en ambas direcciones. De un modo muy sencillo y cómodo, como si fuera cuero, el trono se estiró y se ajustó perfectamente al lugar para el mayor de los consuelos del maestro, quien quedó tranquilo, así como para plena satisfacción del rey.

»Aquel trono todavía podía verse cuando yo era niño, y en los restos de uno de sus laterales usted podrá notar que no se había ahorrado ningún esfuerzo en la labor de talla, así como que un carpintero de nuestros días se vería en un grave aprieto si tuviera que atender un encargo de esta categoría. Esto no me arredró en mis intenciones, sino que vi el oficio por el que sentía vocación bajo una luz tan noble que no descansé hasta que mis padres no me pusieron bajo la custodia de un maestro que trabajaba por la vecindad y tenía empleados a muchos oficiales y aprendices. De ese modo permanecí en la cercanía de mis padres y continué la vida que hasta entonces había llevado, mientras que en las

²⁷ La fuente es un evangelio árabe apócrifo sobre la infancia de Jesús.

horas de descanso y en los días de fiesta proseguí llevando a cabo los encargos caritativos que me hacía mi madre.

LA VISITACIÓN²⁸

—Así transcurrieron algunos años más —continuó el narrador—. Pronto comprendí cuáles eran las ventajas de aprender un oficio. Y mi cuerpo formado por el trabajo fue capaz de afrontar todo lo que puede exigirse a un carpintero. Junto a las tareas propias de mi oficio continué con los antiguos servicios que le hacía a mi madre, o, para ser más exactos, que les hacía a los enfermos y a los necesitados. Continué haciendo rutas por la sierra en compañía de mi pollino, hacía el reparto puntualmente, luego compraba a buhoneros y a comerciantes las provisiones que nos hacían falta en casa y las traía aquí cargadas en mi animal. Mi maestro estaba contento conmigo y mis padres también. En mis excursiones ya había tenido el placer de ver casas construidas por mí y también alguna que había adornado. He de decir que los trabajos de labra de maderos, que la talla de formas sencillas, que todo el pirograbado de figuras finas, aquellos barnizados de algunas hendiduras, por medio de los cuales una casa de montaña cobra un aspecto alegre, me eran encargados especialmente a mí, pues había adquirido una habilidad excepcional, tal vez debido a que tenía ante mis ojos el trono del rey Herodes con todos sus adornos.

»Entre las personas a las que mi madre dispensaba una atención preferente estaban las jóvenes que fueran a dar a luz, tal y como pude comprobar poco a poco. En ese caso, los encargos que se me encomendaba hacer tenía que cumplirlos de un modo casi secreto. Jamás me comunicaba di-

²⁸ A nadie se le oculta que la fuente es Lucas 1,39.

rectamente con la interesada, sino que todo había de hacerse a través de una buena mujer que vivía no muy adentrada en el valle y que era llamada la Señora Isabel. Mi madre se hallaba en constante contacto con ella, pues también estaba experimentada en el arte de salvar la vida a los recién nacidos y ya había escuchado por otras personas en más de una ocasión que algunos de los rústicos montañeses debían la vida a estas dos mujeres. El secreto con el que siempre Isabel me recibía, las contestaciones lacónicas que daba a mis preguntas enigmáticas que yo transmitía sin comprender, me llenaban de devoción por ella, y su casa extremadamente limpia y ordenada me hacía pensar que me hallaba en una especie de santuario.

»Mientras tanto mi conocimiento y mi actividad artesanal me habían procurado bastante influencia en la familia. Al igual que mi padre como tonelero se había hecho proveedor de bodegas, así me ocupaba yo de los tejados, de los anaqueles y de las reparaciones de partes dañadas de viejos edificios. Especialmente sabía cómo volver a hacer útiles ciertos graneros y armazones de madera para el uso humano. Y apenas aprendí a hacer esto comencé a ordenar y a restaurar mi querida capilla. En pocos días, la capilla estuvo casi tal y como ahora usted puede verla, para lo que tuve que esforzarme en reformar las partes que faltaban o que estaban dañadas y eran de trabajo de talla. A lo mejor se piensa usted que las hojas de la puerta de entrada son de época antigua, sin embargo, le diré que han sido hechas con mi propias manos. Me he pasado varios años tallándolas después de haber armado aquellos sólidos tablones de roble. Todo aquello que hasta la fecha no había sido dañado o no se había visto borrado, subsiste hoy intacto y yo ayudé al maestro vidriero en la construcción de una vivienda nueva para él a cambio de que hiciera unas vidrieras para mi capilla.

»Si aquellas pinturas y el recuerdo de la vida de los santos habían mantenido viva mi imaginación, las impresiones se

grabaron mucho más fuertemente en mí cuando pude valorar aquel lugar como un santuario, pasar allí los días, especialmente en verano y poder pensar acerca de todo lo que se me viniera a la cabeza. Sentía deseos irresistibles de imitar a aquellos santos, pero como no es fácil tener las experiencias que desarrollaron en sus vidas, quise empezar desde abajo y asemejarme a ellos en cosas pequeñas, tal y como de hecho había empezado a hacer mediante el uso del animal de tiro. Como ya no me podía satisfacer aquella pobre criatura de la que me había servido hasta entonces, me busqué un portador mucho mejor y le mandé construir una albarda especial que sirviera para montar y para llevar la carga. También me procuré un par de canastos nuevos y adorné el cuello de aquel ser de orejas largas con cuerdecillas de colores, bolitas y borlas entremezcladas con campanillas, de tal modo que casi quedó en condiciones de compararse a su modelo del muro.

»La guerra, o mejor dicho, las consecuencias de la guerra se habían hecho notar en nuestro territorio. Algunos peligrosos vagabundos, una canalla infame, habían formado bandas que aquí y allá llevaban a cabo actos violentos y licenciosos. Gracias a la buena organización de nuestra milicia campesina, gracias a sus batidas y a su presta vigilancia, el peligro fue rápidamente vencido, pero de nuevo se cayó en la relajación, y cuando menos se esperaba, volvió la violencia.

»Hacía tiempo ya que nuestra provincia estaba en paz, cuando un día recorriendo los lugares de costumbre, al cruzar con mi corcel²⁹ un claro del bosque al borde de un foso, me encontré a una mujer sentada o más bien yacente. Parecía dormida o quizás desvanecida. Corrí a su lado y procuré ayudarla. Cuando abrió sus bellos ojos y miró arriba, exclamó:

²⁹ Ironía de Goethe, pues el corcel no es tal, sino que se trata de un asno.

mó vivamente: “¿Dónde está? ¿Lo ha visto usted?”. “¿A quién?” —pregunté—. “A mi marido”. Teniendo, como tenía, aspecto de niña, me sorprendió aquella contestación de la desconocida. De ahí que resolviese redoblar mis cuidados. Supe que los dos viajeros, marido y mujer, deseando evitar el rodeo que daba el camino principal, habían tomado un atajo a pie. En las cercanías habían sido atacados por individuos armados, su marido los había alejado con su florete y ella, no habiendo podido seguirlo, se había quedado en aquel lugar. Me pedía constantemente que la dejara allí y que fuera a buscar a su marido. Ella se puso de pie, lo cual me permitió comprobar que se hallaba en un estado que requeriría pronto de la ayuda de mi madre y de la Señora Isabel. Estuvimos discutiendo durante cierto tiempo, pues insistí en ponerla a salvo, mientras que ella en primer lugar quería tener noticias de su esposo. Todos mis esfuerzos probablemente habrían sido estériles si no hubiese aparecido en aquellos momentos una patrulla de nuestra milicia que se había movilizó otra vez ante la reaparición de actos violentos y había hecho una ronda por el bosque. Informé a la patrulla de lo que había sucedido, acordamos lo correspondiente con aquella, determinamos el lugar del reencuentro y así se resolvió el asunto. Rápidamente escondí mis canastos en una cueva que se encontraba muy cerca y de en la que en muchas ocasiones me había servido como lugar de parada; convertí la albarda en cómoda silla y, no sin una singular emoción, ayudé a aquella bella carga a auparse a mi dócil animal, el cual ya conocía el camino y se dispuso a llevarnos a casa.

»Usted ya comprenderá cómo se encontraba mi espíritu en aquel momento sin que yo necesite extenderme mucho en explicaciones. Había encontrado realmente aquello que durante tanto tiempo había buscado. Era como si estuviera soñando, o más bien soñaba que acababa de salir de un sueño. Esa figura celestial que mis ojos veían flotar y agitarse ante aquel fondo verde de árboles, se me aparecía como

un sueño que se asemejaba a la visión producida por el recuerdo de los frescos de la capilla. Pronto aquellas imágenes se convirtieron en sueños que se diluían en una bella realidad. Le pregunté algo, me contestó con suavidad y amabilidad tal y como le correspondía a una distinguida aflicción. A menudo cuando llegábamos a algún alto desde donde se podía divisar el panorama, me pedía que parásemos, que mirara, que escuchara. Me lo pedía con tanta gracia, con una mirada tan profunda e implorante bajo sus pestañas negras y largas, que hacía todo lo que estaba en mi mano por complacerla. Incluso en un momento llegué a encaramarme a un pino situado en un claro desnudo y privado de ramas. Nunca había sido mejor recibida una obra de artesanía de las mías, nunca había sentido más alegría en aquellas cumbres adquiriendo cintas y paños de seda en fiestas y ferias. Sin embargo, en esta ocasión no obtuve premio; tampoco arriba vi ni escuché nada. Finalmente, ella misma me pidió que bajara haciendo con su brazo gestos muy enérgicos; cuando al bajar, deslizándome por el tronco, me desprendía de este y caí desde una altura considerable, ella gritó, mas luego, al ver que estaba ileso, una dulce sonrisa se apoderó de su rostro.

»Qué puedo decir de los cientos de atenciones que le dispensé para hacerle agradable el viaje y entretenerla. Pero, por otra parte, ¿cómo podría hacerlo? La cualidad de las auténticas atenciones es que en un instante hacen un todo de nada. Según mis sentimientos, las flores que le traía, las vistas lejanas que le mostraba, las montañas y los bosques que le enseñaba eran tesoros tan valiosos que yo le quería regalar para establecer entre nosotros una relación íntima, esa que se intenta lograr habitualmente por medio de regalos.

»Ya ella me había ganado para toda la vida cuando llegamos ante la puerta de Isabel, aquella buena mujer, y sentí de un modo doloroso aquella separación. Recorrí con una mirada todo su cuerpo, me incliné como si tuviera que apretar la cincha y besé el zapato más bello que nunca ha-

bía visto, aunque sin que ella lo notara. La ayudé a desmontar, subí la escalera y dije junto a la puerta: “Señora Isabel, tiene una visita”. La buena mujer salió mientras aquella belleza subía por las escaleras con distinguida aflicción y una dignidad llena de pena, luego abrazó amigablemente a mi noble anciana y se dejó llevar por ella al mejor de los cuartos de su casa. Se encerraron allí y yo me quedé con mi asno junto a la puerta de entrada de la casa como aquel que ha portado mercancías valiosas, las ha descargado y sigue siendo igual que antes un poco arriero.

LA VARA DE LIRIO³⁰

»Dudaba si debía irme, pues quedé indeciso acerca de lo que debía hacer. Sin embargo, en aquel instante la Señora Isabel me apremió a que fuera a buscar a mi madre para que viniera cuanto antes a su casa e igualmente a recorrer la región para conseguir noticias acerca del marido de la desconocida “María te lo suplica” —dijo ella—. “¿No puedo hablar directamente con ella?” —repuse—. “No viene al caso” —dijo la Señora Isabel. Me separé de ellas y pasado poco tiempo ya estaba en nuestra casa, mi madre estaría preparada para bajar aquella misma tarde a asistir a la joven desconocida. Yo luego bajé al llano con la esperanza de que el funcionario local pudiera darme información precisa. Sin embargo, él se encontraba lleno de dudas y, como me conocía, me pidió que pasara la noche en su casa. Aquella noche se me hizo interminablemente larga y en todo momento tuve a aquella bella figura ante mis ojos, la veía subida al animal y mirándome de un modo doliente y amigable. En cada uno de los momentos de aquella noche tuve la esperanza de obtener noticias. Deseaba que aquel buen

³⁰ Cfr. nota 22.

marido siguiera con vida, sin embargo, me gustaba también la idea de que ella fuera viuda. Llegó la patrulla que había hecho averiguaciones y de los rumores cambiantes que habían podido oír se infería con certeza que el coche se había salvado, pero que el marido de la joven había muerto a consecuencia de las heridas recibidas. También supe que después de ponerse de acuerdo, algunos miembros de la patrulla habían marchado a darle la triste noticia a la Señora Isabel. Así que como no tenía ya nada que hacer ni ninguna cuenta que rendir, sentí una enorme impaciencia que me impulsó a cruzar montes y bosques hasta llegar a su puerta. Era de noche, la casa estaba cerrada, vi luz en las habitaciones y sombras por detrás de las cortinas. Yo estaba sentado en un banco siempre dispuesto a llamar a la puerta, pero al mismo tiempo siempre inhibido de hacerlo por diferentes consideraciones

»Sin embargo, no quiero molestarlo a usted contándole con detalle cuestiones que no tienen el más mínimo interés fuera del estrictamente personal. En fin, a la mañana siguiente no se me dejó penetrar en la casa. Se conocía la triste noticia y ya no era necesaria mi presencia en la casa, se me mandó con mi padre y a desempeñar mi trabajo. No se contestó a mis preguntas, se quería que estuviera lejos de allí.

»Durante ocho días estuve así, hasta que la Señora Isabel me dijo: “Entra sin hacer ruido, amigo mío, pero acércate a ella con confianza”. Me llevó a un pulcro cuarto en una de cuyas esquinas vi a mi bella sentada a través de las colgaduras entreabiertas del dosel de su cama. La señora Isabel estaba justo entre la madre y yo, y entonces me vino a la memoria la vara de lirio que brota de la tierra entre María y José como testimonio de una relación pura. Desde ese momento, me sentí atenazado por el latir de mi corazón, estaba seguro de cuál era mi propósito y de que tendría fortuna. Podía tratarla con libertad, podía hablar con ella, podía disfrutar de su celestial mirada, tomar al niño en mis brazos y besarlo cariñosamente en la frente. “Cuánto le agra-

dezcó el aprecio que le tiene a este huérfano”. Me dijo la madre. Yo sin pensármelo y con toda viveza dije: “Si usted lo desea, ya no es huérfano”³¹.

»La Señora Isabel, más lista que yo, tomó al niño en sus brazos y supo cómo hacer para que me fuera de allí.

»Todavía me sigue regocijando recordar aquellos momentos cuando me veo obligado a hacer alguna ruta por nuestras montañas y nuestros valles. No me he olvidado ni del más mínimo detalle, pero le ahorraré a usted el relato de estos. Pasaron unas cuantas semanas, María ya se había recuperado. Yo podía verla con relativa frecuencia. Mi relación con ella era una sucesión de favores y atenciones. Sus posibilidades económicas le permitían elegir una casa donde quisiera. En un principio se quedó durante algún tiempo con la Señora Isabel, después nos visitó varias veces para agradecernos a mi madre y a mí nuestros favores. Yo me hacía la ilusión de ser en parte causa de sus visitas. Eso que había querido decirle y no me había atrevido a decir, me vino al habla de un modo muy especial y amoroso cuando la llevé a la capilla, la cual había convertido ya en una sala habitable. Le mostré y le expliqué las pinturas, una detrás de otra y al hablarle de las obligaciones del padre adoptivo, lo hice con tanto entusiasmo y corazón, que sus ojos se llenaron de lágrimas y no pude acabar con mi interpretación de las pinturas. Estaba seguro de contar con su cariño, aunque no tenía tanta arrogancia como para pensar que se le hubiera diluido el recuerdo de su marido. La ley obliga a las viudas a permanecer un año de luto, y sin duda esta es una época que sirve para comprender todos los cambios que se producen en el alma humana y que es necesaria para mitigar las impresiones dolorosas producidas por una gran

³¹ Aquí este San José quiere adoptar su condición de padre putativo correspondiente al relato evangélico, pero su precipitación es reprobada. Precipitarse es algo reprobado en la novela y en todas las novelas cortas que la componen.

pérdida. Se ve marchitar las flores y se ve caer las hojas, pero también se ve cómo maduran los frutos y cómo nuevos brotes prosperan. La vida también pertenece a los vivos y el que vive debe estar también sujeto a los cambios.

»Hablé entonces con mi madre del asunto que tanto le importaba a mi corazón. Ella me reveló lo dolorosa que había sido para María la muerte de su marido y cómo solo se había recuperado gracias a la idea de que tenía que vivir para su hijo. No había quedado oculta mi inclinación para aquellas dos mujeres y ya María se había acostumbrado a la idea de vivir con nosotros. Todavía pasó algún tiempo en una casa vecina, mas luego se mudó a nuestra casa y durante un tiempo vivimos como prometidos del modo más virtuoso y más feliz. Finalmente nos casamos. No nos abandonó el sentimiento primero que nos había unido. Las obligaciones y las alegrías del padre adoptivo y del padre se aunaron, y así nuestra familia aumentó y superó en número a aquella que le había servido de modelo, sin embargo, las virtudes de aquel modelo, su fidelidad y su pureza de sentimientos fueron preservadas y ejercidas por nosotros. Decidimos conservar de buen talante nuestro parecido exterior con el modelo al que nos habíamos asemejado fortuitamente, pero con el que tan de acuerdo nos encontrábamos en el sentimiento: pues, aunque hoy todos somos buenos andarines y recios porteadores, el animal de carga sigue estando junto a nosotros y nunca deja de llevarnos algo cuando nos es preciso resolver algún asunto en estos montes o en estos valles. Tal y como nos vio usted ayer, somos conocidos en toda la región. Y estamos orgullosos de que nuestra conducta consista en comportarnos de tal modo que las santidades que hemos tomado como modelo no se avergüencen de nosotros³².

³² Según Monroy, no hay nada maravilloso en la vida de este San José y su familia, sino una sorprendente contigüidad entre lo sacro y lo cotidiano en la que ambos se funden (cfr. Monroy, 1943, 7).

CAPÍTULO TERCERO

WILHELM A NATALIA³³

«**A**CABO de escribir una historia casi fabulosa que he escuchado de un hombre de bien y he recogido para que tú puedas disfrutarla. Si estas no fueran enteramente sus palabras, si he mezclado mis impresiones con las tuyas, es por la afinidad que siento con él. ¿La veneración que él siente por su mujer no se parece a la que yo siento por ti? Y ¿el encuentro de estos dos amantes no tiene algo en común con el nuestro? He de decir que lo envidio por llevar en su asno esa carga doblemente preciosa y por franquear todas las noches con su familia el portón de su monasterio. Lo envidio por no estar separado de sus seres queridos, de los tuyos. Sin embargo no me atrevo a quejarme de mi suerte, pues te he prometido callar y soportar tal y como tú te lo has impuesto a ti misma³⁴.

»He de pasar por alto muchos de los bellos rasgos de la existencia de estas personas piadosas y felices, pues ¡cómo podría llegar a describir esto! He pasado aquí dos días deliciosos, pero está amaneciendo el tercero y he de pensar en emprender de nuevo el camino.

»Hoy he tenido una pequeña discusión con Félix, pues casi me hace quebrantar uno de los buenos propósitos que te manifesté. Se tratará tal vez de un error, una desgracia o un destino del que tengo la culpa, pero los seres que me

³³ Desde un punto de vista simbólico, lo que va a ser relatado aquí sirve de contrapunto al capítulo anterior. Entonces el componente formativo son las acciones modélicas de personas ejemplares. En este caso nos encontramos con la naturaleza como libro que debe ser descifrado.

³⁴ Wilhelm dice que no se queja, pero no deja de mencionar que no se queja.

rodean tienden a imponerme cargas nuevas antes de que me dé cuenta de ello. No quiero que un tercero se convierta en compañero de este viaje. Queremos ser solo dos y tenemos que seguir siendo solo dos, y me parece que se está formando un lazo nuevo que no me resulta nada agradable.

»A los niños de la casa, con los que Félix jugaba, se había unido un niño pobre³⁵ muy despierto que se prestaba a todo lo bueno y lo malo del juego y se supo ganar pronto el favor de Félix. Yo noté que Félix quería convertir a aquel en compañero para el resto del viaje. El muchacho es conocido en estos alrededores, debido a lo despierto y vital que es, suele ser bien recibido en general y es habitual que reciba limosnas. Sin embargo a mí no me gusta³⁶. Le pedí a José que lo alejara de nosotros. Lo hizo, pero esto desagradó profundamente a Félix y provocó que hubiera una escena.

»Entretanto he hecho un descubrimiento que me resultó agradable. En una de las esquinas de la capilla o de la sala había una caja llena de piedras, que Félix, el cual en sus andanzas por las montañas se ha hecho aficionado a los minerales, revolvía constantemente. Realmente son piedras muy notorias y llamativas. Nuestro anfitrión le dijo al niño que podía llevarse cuantas quisiera. Aquellas eran los restos de una colección que le había mandado un desconocido hacía tiempo. Lo llamaba Montan, y ya podrás imaginarte la alegría que me produjo escuchar aquel nombre bajo el que viajaba uno de mis mejores amigos, ese hombre a quien debemos tantos favores³⁷. He pedido información

³⁵ Fitz, aquí valorado negativamente por Wilhelm, se convertirá en desencadenador de la trama novelesca. Líneas más abajo, propiciando que su colección de minerales haga que Wilhelm se reencuentre con Jarno. Por otra parte, y posteriormente, gracias a Fitz, Félix accede al cofrecillo que después, entre otras cosas, será símbolo del erotismo.

³⁶ ¿Tal vez porque en él se reconocen ciertos ecos de la malograda Mignon?

³⁷ El Montan de *Los años itinerantes* es el Jarno de *Los años de aprendizaje* y en la presente novela atiende indistintamente tanto a un nombre